

AMOR" DE DON JOSE ORTEGA Y GASSET

3 - VI - 51Por

María Carolina Geel



EL MINUSCULO librito llegó a mis manos por la vía del obsequio. Ya el darlo vueltas, tan bello y acachado, entre los dedos, es la iniciación del placer que su contenido acrecerá hasta el final. El tema, uno de los que más fascinación han ejercido sobre la humanidad lectora, es tratado con esa limpidez de imágenes y ese ponderable y airoso manejo del lenguaje que Ortega y Gasset muestra siempre, cualesquiera que sean sus tópicos y que nos lo hace aparecer como el hombre entregado a tarea delectable.

En el primer estudio encontramos la distinción que puede hacerse, profunda, entre el amor y otros sentimientos tales como la tristeza y la alegría, las que constituyen "emociones pasivas", siendo el amor en cambio, al igual que el odio, afanes activos. Este primer estudio, de menor interés que los siguientes, termina con la definición de que "el amor es un acto centrífugo del alma que va hacia el objeto en flujo, constante". El segundo estudio, "Amor en Stendhal" nos presenta a éste, primero, en pareja con Pío Baroja, por cuanto ambos gustan de teorizar líricamente, yendo de la afirmación rotunda a la negación cerrada, resultando de ello un crecido número de doctrinas disgregadas. Hace notar luego, no obstante, que Stendhal quiso teorizar con total seriedad sobre un punto: el amor, tema que

Pone de relieve en seguida la diferencia entre el amor sexual y el instinto sexual; el primero, más complejo, va impulsado por un anhelo de perfección y envuelto por la ansiedad del sentimiento; el segundo nada tiene de selectivo y su función viene a ser vegetativa. Entramos entonces a lo que nuestro ensayista conceptúa como el amor auténtico y cuyo primer estado es el enamoramiento. Quien se ve atacado por éste empezará a desplazar de su atención todo aquello que esté ajeno a su objeto; sufre por tanto "un fenómeno atencional" anómalo y entre todos el más fuerte. Se padece, pues, la "mania divina" como la llamó Sócrates. En efecto, la atención, primordial "instrumento" de la función mental, ha quedado inmovilizada. Y he aquí entonces que nos encontramos con la similitud innegable entre el enamoramiento y el misticismo. Notamos la semejanza asombrosa de vocablos e imágenes amorosas; el enamorado y el místico tienden al frenesí. (No merecen los místicos el aprecio de Ortega, cosa en la que no coincido pero cuya refutación resulta materia extensa para la cabida de esta glosa, al igual que en lo referente a la violencia que el autor niega como cualidad inherente al amor). El místico se funde en su imagen de Dios y el enamorado funde sus raíces en el otro ser.

En el estudio tercero, "La Elección en Amor" nos habla de cómo la personalidad no es otra cosa que un sistema de "preferencias y desdenes" en todo orden, y cómo en la selección humana la mujer representa una "fuerza retardataria" frente al ansia de progreso del espíritu masculino, ya que normalmente ella muestra su preferencia por el hombre mediocre con lo que procura empeñosamente que el ser humano nunca llegue a la categoría de semidiós (¿olvida tal vez el ilustre pensador que rara vez nació el hombre egregio vástago de igual valía? El instinto de la mujer, pues, más sabio es de lo que parece...) En cuanto a la elección por el hombre ella es el punto que informa la idiosincrasia de todo un pueblo y es así como halla evidente correlación entre el Parlamento español de 1910 y el tipo de mujer que reinaba en la vida doméstica de los políticos de entonces.

Después, pasando por "El Retrato de la Marquesa de Santillana", en el que insiste sobre cierta forma de frigididad amorosa en la personalidad de Don Juan, llegamos al estudio de Nelson, Lady Hamilton y su esposo. Al primero lo estima "el hombre más hombre" que hubo por los años de 1793. El segundo, no menos hombre, es su reverso espiritual, es un exquisito. Y el amor único de ambos converge hacia la misma mujer que es, en buenas cuentas, no más que una bellísima casquivana totalmente pobre de sincéresis. Entonces ¿por qué tal amor? La respuesta a esta pregunta la da Olmedo (personaje tipo de gran ingenio que el autor usa para demostrar por contraste cuán escaso suceso es la inteligencia en nuestro planeta): el varón, cuanto más colmado de racionalidad, prefiere, a modo de descanso, a la mujer de alma irracional. Y ya lo dijo Fede (así llama Olmedo a Federico Nietzsche): "¡Qué delicia encontrar criaturas que tienen la cabeza llena siempre de danza y caprichos y trapos!"

el filósofo de los filósofos, Sócrates, creyó también "de su especialidad". Y la teoría sobre el amor de Stendhal es libro que se hallará siempre, según Ortega, en el gabinete de toda mujer que pretenda pericia en amor, se informa sobre él al modo como se informa "sobre motores de explosión" el que adquiere un auto.

En primer término, para Ortega, Stendhal es el "mejor narrador que existe" pero en cuanto a su teoría sobre la cristalización del amor, teoría que pretende que dicho sentimiento es invariablemente un error por cuanto al enamorarnos lo hacemos de las perfecciones que nuestra imaginación exaltada proyectó sobre una persona y desaparecidas las cuales desaparece el amor, la califica Ortega como "una secreción típica del europeo del siglo XIX" dominado por el afán de mostrar el Universo como una creación por demás inepta (y aquí una observación curiosa de Ortega: Carlos Marx, afectado también por el pesimismo del siglo, toma como "raíz de la historia la lucha de clases". Esta observación merecería ser desarrollada). Pero la opuesta verdad se advierte contenida en tal pesimismo y es así como la famosa cristalización reconoce que se ama lo digno de ser amado, y si esa dignidad es sólo ilusoria y no existe en los seres con cierta frecuencia, se pregunta Ortega "¿cómo venimos a noticia de ella?" A su juicio, personas hay que influidas por la mucha lírica que desde siempre se ha rodeado el sentimiento amoroso, se enamoran del amor, pasando el objeto a ser cosa de segundo orden y si, sobre ello, tales personas se inclinan a la meditación, "inventarán irremediablemente la teoría de la cristalización". Fué lo que ocurrió a Stendhal y es así como en el libro de Bonnard "Vida Amorosa de Stendhal", se dice que "no pide a las mujeres otra cosa que autorizar sus ilusiones". A juicio de Ortega, Stendhal "ni verdaderamente amó, ni, sobre todo, verdaderamente fué amado", esto en polaridad con Chateaubriand quien, incapaz de amar con verdad, despertaba amores ciertos. En cuanto a lo que ambos escritores pudieron tener de Don Juan, hace sobre éste una definición que estima han descuidado quienes se preocuparon de estudiarlo y es que "no es el hombre que hace el amor a las mujeres sino el hombre a quien las mujeres hacen el amor". Stendhal se pasó la vida atacando fortalezas femeninas sin resultado; Chateaubriand, a cuyos pies se rindieron damas de alta alcurnia, vivió junto a ellas siempre en estado de lejanía.

De la teoría de Stendhal que tan falsa le parece, salta Ortega y Gasset a la definición socrática: "el amor es un anhelo de engendrar en la belleza" profundo y gran pensamiento formulado hace veinticuatro siglos.

Pasaremos sin comentarlo el esquema de Salome, la frígida, para llegar al capítulo "Para una Psicología del Hombre Interesante". Es aquí donde hace don José Ortega y Gasset la definición más brillante, espiritual y viva del grande don humano de amar. Enamorarse, dice, es un talento maravilloso que algunas criaturas poseen. Y agrega: "no se enamora cualquiera ni de cualquiera se enamora el capaz". "Muy pocos pueden ser amantes y muy pocos amados". Sentencias éstas de tremendo alcance porque encierran la verdad cabal y misteriosa del amor, cuyo ejercicio es en efecto "un talento maravilloso", una como inteligencia sensorial, diría yo, que nace de la fuente profunda de la especie. La capacidad de amar implica la agudeza penetradora del pensamiento vuelto hacia otro ser y significa ella la más vital experiencia estética del entendimiento. Talento peregrino por el cual es posible recrear siempre el amor, darle contornos como el genio en la estatuaria...